

Destierros y exilios interiores

El rumor de los clásicos latinos en la poesía cubana¹

1. A MODO DE PREÁMBULO

Las alusiones literarias sobre el exilio, con sus vertientes y series temáticas², se nos presentan, siglos después, sumamente atractivas por la extraordinaria vigencia que proyectan sus textos y por el eco que de ellas se han hecho algunos escritores de hoy.

El primero de los grandes modelos en las letras, aparece con Odiseo y la creencia de que son los dioses los causantes de su largo peregrinar. El elegíaco Tirteo revelaba en sus poemas la vida terrible que aguardaba a quienes perdían su ciudad y concluía que una bella muerte era siempre preferible al lamentable destierro. La lírica griega arcaica propone casos de desterrados políticos que añoran, desde otras tierras, la patria que tuvieron que abandonar y apuntan ya que es la política y no los dioses, el verdadero móvil de sus penas.

También la tragedia confirma el asunto del exilio con numerosos personajes que nos recuerdan, aún en nuestros días, la dolorosa experiencia del destierro: Edipo, Polinices, Medea. Las características de ésta última, su vagabundeo y su destino trágico hacen de ella uno de los testimonios más peculiares del exiliado en la literatura.

¹ Deseo agradecer a Miguel Lacruz, Xavier Gómez y Angustias Iglesias por la ayuda brindada.

² Carlos García Gual (1996) sugiere dos gamas temáticas para la literatura antigua del exilio: la que expone las penas y quejas del exiliado y, frente a ella, la que elabora en una serie un tanto tópica los beneficios y consuelos del exilio. Véase el interesante artículo al respecto titulado «Los privilegios del desterrado según fray Antonio de Guevara», en Revista *Archipiélago: cuadernos de crítica de la cultura*, Madrid, N° 26-27, págs. 93-103.

Roma, por su parte, ha influido —como ninguna otra literatura— de forma amplia y permanente. La literatura latina nació marcada por la errancia. Ninguno de los grandes poetas de la antigüedad clásica romana era originario del Tíber o del viejo Lacio. Savia, fuerza, fisonomía y genio latinos han heredado las singulares literaturas románicas en las que el exilio es práctica repetida y plural.

Roma lleva de la mano, para comenzar, a Cneo Nevio (c. 235-204 a. C.) el soldado poeta. Sufrió cárcel y murió, solo, en el destierro.

El más grande de los poetas del exilio ha sido, sin duda alguna, Ovidio (43 a. C. - 17 d. C.). Por razones aún inexplicables³ se le desterró a Tomos, a orillas del mar Negro, en donde nadie le entendía su idioma y era allí un bárbaro más. La queja de su *barbarus hic ego sum, quia non intellegor ulli* (*Tristes*, 5, 10, 37) es el mismo sentimiento de incomunicación lingüística que sufren los desterrados modernos y una de las características más relevantes del exilio de nuestros días.

Ovidio murió en el ostracismo tras nueve años de incertidumbre. Quedaron, para demostrarlo, *Tristes* y *Pónticas*, desoladoras obras que aún jadean y producen un sabor angustioso y desesperado.

Más ecuanímenes resultaron Cicerón (106 a. C. - 43 a. C.) y Séneca (c. 1 - 65 d. C.) quienes, a pesar de la dureza del exilio, sobrellevaron con entereza la separación de su país. Si Séneca se atrevía a asegurar que «ninguna tierra es un exilio, sino otra patria» (*De Remediis fortunae*, 8, 1), Cicerón, por su parte, avalaba que «la patria está allí donde se está bien» (*Tusculanas*, 5, 37, 108)⁴. Sin embargo, ambos autores dejaron en su correspondencia testimonios estremecedores sobre los inconvenientes del destierro.

No es, en cambio, propósito de este acercamiento a la literatura del exilio, limitarnos sólo a la poesía del destierro. Hay otro exilio todavía más severo, el exilio interior: esa clase de ensimismamiento fatídico en el que cae el poeta dentro de su propio país. Para esta poesía no existe ni tiempo ni espacio. El poeta está sumido en otro lugar infinitamente misterioso. La equivalencia lírica se valora entonces en la sensación de asfixia, en el creerse sitiados en su propio entorno y en el hecho de que la poesía, a pesar de la censura, es la única vía posible de escape. Y esos seres apresados se enraízan sólo en el verso, puente esclarecedor entre una y otra época, como el rumor artero, que susurra, siglo tras siglo que «la herida vive, acallada, en el pecho» (Virgilio, *Eneida*, 4, 67).

2. EL DESTIERRO

Rumbo al exilio del que no regresaría y durante la travesía desde Samotracia a las costas de Tempira, Publio Ovidio Nasón escribía:

³ José González Vázquez (1992) en la introducción de *Tristes-Pónticas* ha señalado que. «el misterio que rodea la condena de Ovidio, de no mediar algún descubrimiento inesperado, parece abocado a quedar sin desvelar para siempre». Léanse las numerosas causas posibles del destierro que González Vázquez explica: págs. 8-17.

⁴ Esta aseveración, que, según Cicerón es de Pacuvio, se encuentra además en varios autores latinos como Aulo Gelio o el propio Ovidio, por ejemplo.

Adondequiera que dirijo la mirada, no veo sino la imagen de la muerte, a la que temo en mi vacilación angustiosa y a la vez invoco en mi temor. Si llego a alcanzar el puerto, este mismo puerto será objeto de temor para mí. Es más de temer la tierra que el mar hostil. Pues me veo turbado a la vez por peligros procedentes de los hombres y del mar, y la espada y las olas me causan un doble terror. (*Tristes-Pónticas*, I, 11, págs. 136-137)

Siglos después, en iguales circunstancias de abandono, lejanía y soledad, dimensiones radicales y acongojadoras que el exilio impone, Gastón Baquero, un poeta cubano olvidado en su país y recobrado en la memoria de España, aludía al mismo terror de su antecesor latino en un entrañable poema:

*Parece que estoy solo / diríase que soy una isla, un sordomudo, un estéril. / Parece que estoy solo, viudo de amor, errante / (...) estoy solo en medio de esta fría trampa del Universo / donde el peso de las estrellas, / el imponderable peso de Ariadna / es tan indiferente como el peso de la sangre. / Cuando yo mismo sueño que estoy solo / tiendo la mano para no ver el vacío. («Silente compañero»: *Magias e invenciones*, 1984, págs. 154-156)*

Es el mundo común del desamparo, del aislamiento, del miedo y de la constante traza de la muerte. Esa obra poética, marcada por la melancolía y la disociación devastadoras, al parecer caótica, sin otro engendro que el del dardo punzante contra sí misma, emerge y se impone al lector más allá de toda emigración real, de todo pasado concreto.

Tal se nos presentan estos hombres de contigüidad inusitada; desnudos, con el alma en la punta de los dedos, heridos y sin escapatoria posible:

*Todo lo hemos perdido, sólo nos queda la vida. (Ovidio, *Pónticas*, 4, 16, 49); reunimos nuestras soledades / desautorizadamente / ninguna mano humana acariciará nuestra extraña / herida (...) somos el espejo de la nada. (Gastón Baquero: «Palabras de Paolo el hechicero», *op. cit.*, págs. 141-142)*

Desarticulados sus miembros y diseccionado también desde dentro, Ovidio repetía «vive sin saber él mismo que existe» (*Tristes*, I, 3, 12) y el poeta cubano, solo y roto, escribía:

Yo viví en un mundo y cerca de unas personas que no volveré a ver. No es, comprendánlo, que no quiera volver a ustedes, es que no quiero volver al pasado (...) yo no vivo, floto. Ya no vivo en España. Ahora vivo en una isla, en una isla llamada soledad. (Carta a Eliseo Diego en 1993. Véase el N° 3 de la Revista *Encuentro de la cultura cubana*. Madrid. 1996)

Toda la obra de Gastón Baquero estuvo marcada por los mismos derroteros ovidianos del destierro y es que el exilio no se presenta solamente bajo la forma de una experiencia concreta; es la vivencia de un lugar interior lo que se busca desesperadamente. El tiempo interior se paraliza y el poeta se precipita

a una clase de estado en la que esperanza y espera ya no significan nada. La pérdida del lugar que se extraña, se transforma en una metáfora cruel y escalofriante. En su añoranza, el poeta cubano escribía:

El tiempo junto a ti no tiene horas / me anticipa ¡quién sabe! / las playas / con el radiante nombre de eternidad / las playas donde el tiempo no ha perdido su luz / donde no es hábito ni costumbre / sino memoria pura. («Para Berenice, canciones apacibles», de *Magias...*, pág. 143)

La melancolía de Ovidio le hacía escribir:

Desde que el viaje se acabó y llegué a tocar la tierra (...) no me apetece otra cosa que llorar (...) Me viene a la mente Roma, mi casa y el deseo de todos aquellos lugares y cuanto queda de mí en la ciudad que he perdido. (*Tristes*, III, 2, 197)

El corte agresivo de la vida en dos mitades es el mayor de los desconciertos en la poesía del exilio. La interrogante de lo que se ha sido y de lo que se es. Cuando Ovidio señalaba: «por dónde he de ir y a qué morada he de dirigirme, yo que soy un libro extranjero en esta ciudad». (*Tristes*, III, 190), no imaginaba que mucho tiempo después también alguien, perdido, apuntaría: *Está vuelto hacia sí, metido en su hondo adentro / y ni aún la luz más pura consigue que sonría.* (Baquero: «Magnolias para Betina», *Magias...*, pág. 146)

En el exilio el poeta ha dejado de vivir. Como él mismo había señalado, fuera de su país *flota como un pez muerto y podrido / con la cruz del vivir sobre sus hombros* (Baquero: «Retrato», *Magias...*, pág. 13). Las cenizas revoladas de Ovidio ¿no son acaso las mismas que mueven a estos escritores en cualquier sitio donde se encuentren? Baste sólo con hacer referencia a una de las pruebas más duras del exilio cubano, la de Reynaldo Arenas:

Para un desterrado no hay ningún sitio en el que se pueda vivir (...) En el exilio uno no es más que un fantasma, una sombra de alguien que nunca llega a alcanzar su completa realidad; yo no existo desde que llegué al exilio; desde entonces, comencé a huir de mí mismo. (Arenas, R. (1996): *Antes que anochezca*. Barcelona, Tusquets, pág. 314)

Gastón Baquero ha muerto hace muy poco tiempo. Antes de morir en el exilio, había escrito: *Cenizas esparcidas en la luna quiere que sean las tuyas cuando eleve / su máscara de hoy. No deja huellas / Sólo quiere una: descubrir el sendero que lo lleve a hundirse para siempre en las estrellas.* («Retrato», *Magias...*, pág. 13)

Es éste el calmante del poeta. Paradójicamente, él mismo había hecho un hermoso artículo en el año 1991 a propósito de la muerte de Lydia Cabrera, la antropóloga cubana fallecida también en el exilio. En él, Baquero apuntaba: «A sus muertos queridos los romanos ponían sobre el corazón una rama de ruda (...) los griegos tenían un puñado de metáforas (...). Todo lo que decían era aplicable a un viaje: ‘ahora está en otra estrella’ era uno de los

modos maravillosos que empleaban para dar la noticia tremenda» («Lydia Cabrera», en *La fuente inagotable*, págs. 189-191). Tal parece que su poema avizorara justamente ese viaje a las estrellas y también él debió tener, como Lydia, la rama perfumada de ruda en su pecho.

Pero acaso lo que resulte más sobrecogedor es el sentido de la *humanitas* latino. En el mismo artículo, el poeta concluía: «¿Lamentar que la estación de partida no fuera su isla? Un exiliado excepcional, Séneca, se consoló a sí mismo en ocasión parecida y nos dejó a todos el poderoso consuelo: ‘En cualquier punto de la tierra donde nos hallemos —decía— estamos siempre a la misma distancia de las estrellas’» (*op. cit.* pág. 192)

3. EL EXILIO INTERIOR

La poesía del exilio interior, en cambio, se identifica con un tipo de contestación dispuesta contra el ideal de la *gravitas* y la *auctoritas* que no por ser ideales coercitivos de la Roma antigua han dejado de tener vigencia en los regímenes de cualquier parte del mundo que han reprimido la creación literaria. Y si no, qué ha sido entonces la Ley de las Doce Tablas y los continuos conflictos de la libertad de expresión a lo largo de toda la historia de las letras de Roma sino tristes modelos de lo que más tarde sería en Cuba, por citar sólo un ejemplo, el penoso *quinquenio gris* y las repercusiones que ha tenido éste hasta nuestros días.⁵

Fue en esta etapa cuando negaron a figuras tan importantes como la de José Lezama Lima y Virgilio Piñera. Y entonces fuimos testigos directos del período más intolerante y oscuro de la política cultural de la revolución.

Es justamente la poesía de José Lezama Lima el más alto exponente del exilio interior, del acorralamiento en su propio país; él mismo había escrito que *lo esencial del hombre es su soledad y la / sombra que va proyectando en la pared*. Todo para Lezama fue soledad y sombra proyectada. Su obra, incomprendida durante muchísimo tiempo, fue impenetrable, desgarrada, con una lógica interna casi imperceptible para sus coetáneos. Emilio de Armas, en su prólogo a la *Poesía* de Lezama, libro cuidadosamente preparado por Ediciones Cátedra, Madrid, 1992 señalaba que:

la crítica internacional comenzó a ocuparse de la obra de Lezama, con rigor creciente, a partir de la publicación de *Paradiso* (1966) que pronto alcanzó numerosas ediciones y traducciones fuera de Cuba, donde, mientras tanto, el poeta sufría con altiva angustia el último y más recio embate de la incompreensión y la hostilidad motivadas por la condición revolucionadora de su palabra y de su pensamiento. (Emilio de Armas, *op. cit.*, pág. 18)

⁵ Ambrosio Fornet enmarcó el período más catastrófico de la política cultural de la revolución cubana. El paréntesis supuestamente se abre en 1971 con el Primer Congreso de Educación y Cultura y se cierra después con la creación del Ministerio de Cultura. Para más información sobre esta etapa, véase el artículo «Los años grises» de Eliseo Alberto, publicado en la Revista *Encuentro de la cultura cubana*, N° 1, 1996, págs. 33-41.

Es, sin embargo, el libro *Fragmentos a su imán* (1977) donde la urgencia comunicativa y la asfixia alcanzan su más alto sentimiento. Recuerda, justamente a la literatura del *taedium vitae* en la Roma del siglo I d. C., literatura que parece reflejar la fisonomía del hombre moderno en sus múltiples y variados anhelos, tensiones sin resolver, aciertos y errores, sentido dramático y trágico, cierto dominio de lo emotivo sobre lo racional, todo ello como resultado de la incertidumbre y de la angustia. Basta sólo con citar a Persio (34-62 d. C.), uno de los grandes exponentes de esta poesía:

Todo me está negado. Soy el viento / sin colegiar, la muerte de las aves. / Atardecí. / Mi palacio se hundía, mi sonrisa / palidecía, mueca del silencio. / Desbócame, tiniebla trepadora, / hiende con tu locura mi locura, / decapita mi pérfida inocencia. / (...) Todo es recuerdo ya. (...) / la noche está conmigo, sus corceles / la terrible pureza de la nada. («Crepúsculo»: Antología de la poesía latina, pág. 111)

En tanto que Lezama, en el poema «¿Y mi cuerpo?», decía:

Me acerco / y no veo ninguna ventana. / Ni aproximación ni cerrazón. / Me alejo / y no siento lo que me persigue. / Mi sombra / es la sombra de un saco de harina. / No viene a abrazarse con mi cuerpo / ni logro quitármela como una capota. / La noche está partida por una lanza, / que no viene a buscar mi costado. / (...) Siento que nado dormido / dentro de un tonel de vino. / Nado con las dos manos amarradas. (Fragmentos..., págs. 388-389)

El agobio de este hombre cuando escribe: *necesito un pequeño vacío / allí me voy reduciendo / para reaparecer de nuevo / palparme y poner la frente en su lugar. / (...) no espero a nadie e insisto en que alguien tiene que llegar, ¿no es acaso el numen de «mi corazón, angustiado por las dudas, teme y en cambio está dispuesto a soportar los miedos que sean ciertos: priva a los azares del derecho a abatirse sobre mí repentinos y ciegos» de la Farsalia de Lucano? ¿Adónde van a parar estos poetas, incomunicados, aislados, retirados de su propio país, en su propio ámbito? ¿Cuál es ese misterioso contexto del hastío en el que Lezama nada con las dos manos amarradas?, ¿cuáles los miedos de Lucano?, ¿cuál la mueca de silencio de Persio?*

Heredera del ingenio de Lezama Lima y del *taedium vitae* de la literatura romana es la poesía joven cubana de los años 80 que bien pudiera llamarse poesía de la generación maldita por muchas razones, entre las que cabe destacar el descalabro social y político del país, la falta de medios para publicar sus textos, la imposibilidad de conocerse entre ellos mismos, las circunstancias económicas que ahogan cada vez más la palabra escrita, la incredulidad, la ausencia de fe y lo que resulta más desconsolador, la indiferencia hacia lo que escriben. Sus asfixias son, en cambio, más avasalladoras y narran, con absoluta rudeza, el desencanto y el hostigamiento que abordó Lezama mucho más discretamente. Parece recordar esta situación a la poesía de Virgilio con respecto a la de poetas como Lucano. Éste último, considerado el anti-Virgilio, narró la guerra civil en toda su crueldad dando plean voz a lo que Virgilio había narrado en sordina.

Uno de los temas más interesantes de la poesía joven cubana es el mar, el mar como única vía posible de escape, el mar como sueño inalcanzable y a la vez como bálsamo. El mismo mar al que tantas menciones hace la literatura latina. La diferencia es, sin embargo, que para los poetas latinos el mar era un misterio, un temor, una desgracia en los casos de naufragios; en tanto, para esta poesía, es el símbolo para soltar las amarras, el purificador del amordazamiento que existe en la tierra, el propiciador para el naufragio deseado.

Uno de los más antiguos poetas latinos, Livio Andrónico (c. 284-204 a. C.) escribía:

Nada destruye a un hombre tanto como el mar cruel. / Incluso aquél cuyo vigor es grande / lo harán pedazos las salvajes olas. (Antología de la poesía latina, pág. 13)

O Tibulo (50-c- 19 a. C.): *ahora el mar, ahora mil senderos inesperados para morir...* (Antología..., pág. 74)

Pero el joven poeta cubano, temeroso también del inmenso mar, pero desilusionado, apunta:

Yo también busqué con furia mi país / porque tenía el mar. / Pero en el mar no hay banderas / Ni habrá país alguno. / Y fue bueno saberlo. (Emilio García Montiel, II, Poesía cubana de los años 80, pág. 132)

La presencia de los temas mar-viaje-viajero es constante en esta última generación de poetas pero, sobre todo, porque singularizan mediante estos conceptos la evasión como único recurso posible:

Se precisa viajar, se precisa un camino / para viajar y otro para atender al viajero. / No basta ser el viajero. No basta poseer la brújula / si no hay un mar donde extraviarse: / ¿para qué queremos la brújula? / ¿qué clase de viajero es aquél que no se extravía? (Rodríguez Tosca: «El viajero»).

O esta imagen:

En altamar la mendicidad no existe / no hay bastardos en una zona como ésta / donde el firmamento llega de trasmano / las historias son metálicas y sin elocuencia / en cambio, en tierra / siempre aflora la brillante amenaza del subsuelo. (Omar Pérez: op. cit., pág. 169)

Propertio (c.50 a. C.-15 a. C.), otro de los poetas del tedio, con sus versos difíciles, oscuros y abruptos, había escrito en la época augustea:

No nací para la gloria, ni diestro en armas: / los hados quieren que yo padezca esta milicia / Pero tú (...) tendrás parte pues del aceptado imperio: / entonces, si tienes un momento para acordarte de mí / conocerás que yo vivo bajo dura estrella. (Elegías)

Tampoco esta generación de poetas jóvenes había nacido para la gloria ni para las armas. Haciéndose eco de estos versos, el cubano escribe:

Mentí a mi país y a mi madre que me creyeron un hombre de bien. / Mi pasaje no lo tuvo ningún muchacho honrado / ni su familia gritó como la mía: a Rusia, se va a Rusia. / Pero no me importaba esa tristeza. / Mentía por delito: / yo deseaba un viaje, un largo y limpio viaje para no pudrirme / como veía pudrirse los versos ajenos / en la noria falaz de las palabras. (García Montiel: «Cartas desde Rusia», *op. cit.* pág. 131)

El hastío y la apatía son las más lacerantes citas de la generación poética de los 80 en Cuba. Cuando Calpurnio Sículo (c.50-60 d. C.), uno de los representantes del *taedium vitae* escribía: *de nada valen las cosas que, en años atrás vimos y resulta sórdido lo que contemplamos.* («Los prestigios de Roma», *Antología*, pág. 104) no hacía más que inscribir la poética del tedio y transmitirla a sus discípulos de hoy. Siglos después, he aquí el resultado:

Esta ciudad está muerta o estás muerto tú. / esta ciudad está muerta o está muerta en ti. / esta ciudad está muerta o eres tú un muerto más o nadie. / tu nombre no me recuerda a nada no me recuerda a nadie. / la nada no termina en ti no empieza es la nada / y nadie y nada es lo mismo (...) / no hay delirio porque tú no eres nadie / estás muerto en ti estás muerto en mí. / esta ciudad está muerta estamos muertos / (...) / hay demasiada luz y no hay ninguna. (Armando Suárez Cobián: *op. cit.* pág. 88)

Y una voz femenina, confundida ante el desastre, concluye:

Yo estoy tristísima o equivocada / pero sé / que a su tiempo estaremos alerta / contra la única oscuridad que conocemos. (Sonia Díaz: *op. cit.* pág. 200)